



El escritor, uno de los grandes puntales del fenómeno de los superventas, en su casa de París. / FRANCOIS MORI / AP PHOTO

Paulo COELHO

«Sólo me supera Harry Potter»

Paulo Coelho, uno de los escritores más solicitados del planeta, aunque sus libros despierten odios y amores incondicionales, entrega a los lectores de UVE una serie sobre los pecados capitales y habla en esta entrevista de sí mismo y de su literatura como un auténtico fenómeno.

PILAR ORTEGA BARGUEÑO

Gana tanto dinero con la venta de sus numerosos libros que le da para tener avión privado y también, como él mismo dice, para sobrevivir a varias reencarnaciones. Gana tanto que también le da para ser humanitario y destinar una buena cantidad de millones a la fundación que lleva su nombre y que, entre otras cosas, ayuda a los niños de las favelas más pobres de Río de Janeiro, la ciudad donde nació hace 60 años.

Rebelde en su juventud, un tiempo en el que fue periodista *underground*, letrista de rock y aficionado a la magia negra y a las drogas, Paulo Coelho ha viajado a Madrid para promocionar una firma de estilográficas -Montegrappa- que le ha nombrado *Brand Ambassador* de una de sus lujosas colecciones.

Llegó con una cámara digital en la mano que disparaba aquí y allá: «Tengo un blog que alimentar y que se llama *paulocoelhoblog.com*. En él he puesto siete palabras fundamentales para calibrar qué opinan mis lectores sobre las mismas: la tortura, «puesta de actualidad por el señor Cheney»; el matrimo-

nio, la xenofobia o el sufrimiento», explica apresuradamente.

Pregunta.— ¿Y la sabiduría?

Respuesta.— No hay una cosa llamada sabiduría absoluta. Mientras vivimos, siempre tenemos un desafío delante que nos va a pedir una reacción. Si te ahogas, no hace falta que conozcas a Sócrates, porque tienes que saber nadar. Y si quieres conocer el pensamiento de Occidente, no te sirve saber nadar, tienes que conocer a Sócrates. No creo que haya nada absoluto. Me guío por la experiencia y me interesa mucho la sabiduría popular. La sabiduría es una suma de lo que aprendes a diario.

P.— ¿Por qué sus libros tienen éxito en en todos los rincones del mundo?

R.— Porque hablan de cosas esenciales. Estoy convencido de que todas las culturas tienen las mismas preguntas, aunque quizá no tengan las mismas respuestas. Ortega y Gasset describió muy bien la situación: yo soy yo y mi circunstancia. Lo que intento es vivir y compartir a través de mis libros lo que vivo: una conversación, una cena, una lectura...

P.— Por cierto, ¿qué tipo de libros lee?

R.— Ahora estoy leyendo un libro sobre la guerra, sobre las guerras antiguas y las nuevas, porque me interesan mucho los conflictos que tenemos en este momento. No creo que haya una solución en breve y es algo que me descorazona, porque ya sabíamos que era un error invadir Irak. Hemos abierto el infierno y ahora no se puede cerrar.

P.— Los pacifistas cargan con cierta mala fama de ilusos, ¿no?

R.— Puede ser, pero la gente ahora está más abierta a vivir sus sueños, a arriesgar, a tener valor... pero todavía no sabemos reaccionar. La gente que intenta hacerlo es vista con desprecio, con ironía. Lo he contado en *La bruja de Portobello*. Parece que a la bruja no se la ve como alguien que intenta ver más allá, sino que se la desprecia. Así, a la mujer que intenta llegar con una propuesta nueva se la tilda de bruja en el mal sentido.

P.— ¿Se considera feminista?

R.— Soy un gran defensor del

«Me interesa la política como arte de convivencia. Escribir es un hecho político»

universo femenino. Yo no creo que haya futuro si los hombres no nos enteramos de que tenemos un lado femenino importante que se ignora habitualmente. Tenemos miedo de abrirnos a este universo y terminamos en el desastre total. Porque olvidamos, entre otras cosas, la compasión, que es un don femenino.

P.— ¿Cree que hoy tenemos más miedo que nunca?

R.— Yo creo que hay que seguir adelante, aunque tengamos miedo. Hay muchas cosas a las que tengo miedo. Tengo miedo a hablar en público, pero no me dejo paralizar. Me rebelo contra mí mismo y al final disfruto. También tengo miedo de los terremotos cuando estoy en Japón, Los Ángeles y México, siempre pienso en ello. Es el miedo cósmico.

P.— ¿Por qué los críticos literarios no le soportan?

R.— Me gusta ser criticado, pero no ignorado. A mí lo que me interesa es que no me ignoren. El éxito se lo debo a mis lectores, al boca a boca. La editorial puede hacer lo que quiera y la crítica también, pero el lector es el que manda.

P.— ¿Cómo imagina a sus lectores?

R.— Los lectores son compañeros de viaje. En 2006, cuando celebré los 20 años de *El peregrino*, decidí pasar tres meses viajando. Quería recuperar el espíritu del viaje, salir de mi casa, y empecé a hacer en coche el camino de Santiago hasta donde me llevara el viento. De allí me fui a Bulgaria y a Marruecos y luego cogí el Transiberiano hasta Vladivostok, en Rusia. En cada parada del tren, hacía firmas de libros con gente que me esperaba en el andén y que se había informado a través del boca a boca. Fue increíble. Terminé en la Copa del Mundo en julio. Recuperé mis ilusiones juveniles y ahora trato de mantenerlas muy vivas. Porque vivir es buscar.

P.— ¿Queda algo de aquel joven rebelde que coqueteó con sustancias tan peligrosas como el satanismo, la locura o las drogas?

R.— Para todo hay tiempo. La rebelión sigue en mi alma, pero aquella manera en que participé del movimiento *hippie* fue muy exagerada. Creo que la rebeldía es algo sano. El mundo se mueve gracias a la rebelión.

P.— ¿Ha contado los libros que ha vendido?

R.— Cien millones. Sólo me supera J. K. Rowling con su *Harry Potter*. Vendo más que John Grisham y Gabriel García Márquez, pero no me gustan las comparaciones. Tengo un gran respeto por todos ellos.

P.— ¿Cuál es su rutina de escritor? ¿Tiene alguna manía?

R.— Cambio de residencia a menudo. Paso unas temporadas en el Pirineo y otras en Brasil, sin contacto exterior, sólo con mi mujer. Camino, hago tiro con arco y escribo. Un libro cada dos años y lo hago muy rápido. La creación se manifiesta de una manera muy desconocida. Intento vivir mi vida y no pensar en escribir. No apunto nada. Leo muchísimo. No veo casi televisión; eso sí, si no camino, me siento fatal, siento que no vivo.

P.— ¿Qué le parece España?

R.— España me gusta. Y el alma de los españoles, también. Viví ocho meses en un apartahotel de la calle de Santa Engracia durante la movida madrileña. Me pasaba la vida en la calle Huertas. Me gusta el calor de los españoles. Muchas de mis novelas transcurren en España: *El alquimista*, *El peregrino*, *A orillas del río Piedra*...

P.— ¿Se considera una persona religiosa?

R.— Claro. Soy católico. Mantengo la ortodoxia católica, aunque no estoy de acuerdo con todo, pero es una elección. No comparto, por ejemplo, el escaso papel de las mujeres en la Iglesia católica. Creo mucho en las tradiciones, porque hay mucha sabiduría en ellas. Por eso pertenezco a la orden RAM (Rigor, Amor, Misericordia) que estudia los símbolos y no tiene nada de secreta.

P.— ¿Cree que hay remedio contra los fundamentalismos?

R.— No los comprendo. La gente que lucha por Dios no puede estar convencida de su fe, porque Dios es amor. Sin embargo, la tendencia al fundamentalismo es cada vez más fuerte y vamos a vivir momentos muy difíciles.

P.— Las nuevas tecnologías, ¿nos hacen más o menos felices?

R.— Yo soy un defensor ardiente de las nuevas tecnologías, porque pueden permitir la cosa más importante del mundo que es la comunicación. Claro que un mismo martillo se puede utilizar para poner un *picasso* en la pared o para matar a alguien.

P.— ¿Qué lugar ocupa la política en su vida?

R.— Me interesa la política como arte de convivencia. Creo que todo hombre es un animal político. Escribir es un hecho político, pero nunca me interesó participar activamente en unas elecciones.

P.— ¿Para cuándo planea publicar sus memorias?

R.— Debo contar mi historia. Yo no puedo, porque voy a ser tendencioso y hablaría bien de mí, pero hay un biógrafo al que he abierto mis archivos, mis cartas y mi corazón.

P.— ¿Se considera usted una persona feliz?

R.— Soy un hombre contento. ¿Qué es la felicidad? Los desafíos provocan agonías, éxtasis y alegrías. Soy un hombre contento con lo que hago. Soy un hombre afortunado.